

FRANCISCO MURILLO FERROL (*)

La imagen de Andalucía

Permitidme empezar con una anécdota. Hace ya años, sobre la media mañana, iba con el coche por la calle Mesones, de Granada, hacia la Universidad. Venían conmigo Alain Touraine y José Cazorla. No recuerdo si alguien más. Se trata, como muchos sabréis, de una calle estrecha, de aceras angostísimas y populosa a casi todas horas; pero muy especialmente cuando canaliza el tránsito de los estudiantes a la Universidad y de la gente a los mercados. De pronto, una señora entrada en carnes, con su pañuelo en la cabeza, su cesta y su pollo vivo, descendió de la acera a la calzada y comenzó a caminar delante de nosotros. Su talante, entre seguro y aturdido, ignoraba la hilera de automóviles que llevaba detrás represados e ignoró las señales de impaciencia que lanzaban, hasta que alcanzó la bocacalle que le convenía y tiró por ella, sin dignarse volver la cabeza. Entonces, Touraine comentó, definiendo el episodio, bastante corriente a la sazón: "He aquí una señora preindustrial".

Cierto, una mujer preindustrial. Pero lo para mí más significativo del comentario era "desde" dónde se hacía. Porque Touraine señalaba una visión preindustrial del mundo, pero precisamente porque él estaba en otra. Poco tiempo después, incluso, apareció su trabajo sobre la sociedad posindustrial, disputándose con Daniel Bell la invención del término, aunque como suele ocurrir resulta siempre alguien que lo dijo primero, mucho tiempo atrás.

Si un sociólogo, tan agudo como Touraine, no se hizo cuestión aquella mañana de su propio punto de mira, nada tiene de extraño que esto ocurra de sólito en la gente corriente. Y creo que habríamos de preguntarnos con

(*) Presidente del Instituto de Estudios Constitucionales, y Catedrático de Derecho Político de la Universidad Autónoma de Madrid.

frecuencia: ¿Desde qué perspectiva nos vemos? y, sobre todo: ¿Desde cuál nos ven?

Por favor, un respeto. Humanamente por razones obvias, porque las varias perspectivas, *ad quem* y *a quo* abrigan valores, vivencias, alegrías y sufrimientos, que no son para ser tratadas con frivolidad; y científicamente, porque debemos tener la mínima honradez de no deformar las cosas ni despreciarlas al aprehenderlas. Seamos siempre conscientes de la debilidad, pareja con la del otro, de nuestra propia posición.

Julio Verne, en 1867, en “Los hijos del Capitán Grant”, describe la salida del sol, comparándola con la aparición por detrás del mar de un gran disco de galvanoplastia. Utiliza como instrumento literario para describir un hecho de la naturaleza un artificioso fenómeno, que extrae del arsenal del positivismo cientifista ingenuo en que se halla inmerso. Este último, condiciona su visión del alba, acontecimiento que se viene repitiendo cada día desde el comienzo de los tiempos.

Unas décadas antes, los territorios que forman la parte meridional de nuestra península son vistos con ojos románticos propios y extraños, con lo que se llega a una determinada —y condicionada— imagen de los mismos. Un orientalismo, más o menos convencional, pero apoyado en datos tan corpóreos como la Alhambra y la Mezquita de Córdoba, es un ingrediente de aquella imagen. Recuerdo haber leído no sé dónde, que en la época de la Compañía de la India, a los funcionarios británicos que iban allí destinados se les hacía pasar un tiempo de aclimatación en Nápoles, y se decía de ésta que era la única ciudad “oriental” de un cierto tamaño que no tenía ningún barrio europeo. Creo que para algunos viajeros románticos, lo mismo se podría haber dicho de Granada y Córdoba, e incluso también de Sevilla.

¿Es la imagen aún vigente de Andalucía fundamentalmente un resultado del romanticismo, de sus viajeros y de su orientalismo convencional? Dejo la contestación a los sabios. Sólo deseo subrayar que se han superpuesto otras imágenes. La Andalucía trágica de Azorín. La revolucionaria, disconforme, ácrata. Y sobre todo, la que nos oprime hoy: atrasada, irredimible Andalucía, lugar de turismo y antes que nada, centro emisor de movimientos migratorios. Pero no se olvide, para entenderlo todo, que esta visión se nos da desde nuestra perspectiva industrial o posindustrial.

¿Hemos pensado cuál sería nuestro papel en una sociedad meta-industrial, de tecnología “dulce”, seriamente ecológica, en que la producción se

hiciese a la medida del hombre y no al contrario? Una sociedad con otras necesidades. Cierto que todo esto parece muy lejano y utópico, pero en la era de incertidumbre que vivimos deben preverse todas las alternativas.

* * * * *

Hoy vamos a operar un poco con fantasmas. Daremos de lado a lo que es, la cosa en sí, si es que existe —no quiero entrar en el tema— para ocuparnos sólo de lo que parece ser.

El mundo social es un orbe en el cual, por definición, nadie ni nada se ve con pupilas vírgenes y limpidas. Sino que siempre se interpone un vidrio coloreado de alguna especie, con el que el objeto visto a su trasluz no es eso que es, sino lo que nos parece.

No me refiero al problema, tan conocido, de la posible objetividad del científico en nuestras ciencias sociales y a la suya, al parecer, inevitable dosis de subjetivismo. Esta es una vieja cuestión metodológica que viene desde antiguo fatigando a los presuntos científicos y continúa haciéndolo. Posiblemente por mucho tiempo. Aquí me interesa algo más elemental y básico, aunque no más sencillo. Se trata de que la realidad misma que vivimos en cuanto seres sociales, en cuanto simples hombres de la calle en nuestra existencia cotidiana, es una realidad formada por esa visión mediata, en la que algo se interpone entre nuestros ojos y lo circundante. Vemos la sociedad, a nuestros prójimos y a nuestros antípodas, a las instituciones, a los gobiernos, a nuestro país y a los demás países, siempre al través del prisma con que nos ha dotado la propia sociedad en nuestro permanente proceso de socialización. Si se quiere, los vemos —sin darle al término por ahora ninguna precisión— pasados por nuestros prejuicios. Por consiguiente, vemos en todos ellos “lo que queremos ver”. Lo que hemos sido acondicionados previamente para ver.

Estamos, está claro, asomándonos al complejo mundo de la ideología que siendo un punto clave del tipo de racionalidad —o irracionalidad— propio de las ciencias sociales, muchas veces nos empeñamos en ignorar y aún no está, que yo sepa, suficientemente esclarecido.

Dejando aparte al sociólogo por ahora, resulta que él mismo en cuanto mero hombre y todos los demás naturalmente, vemos nuestro entorno social

en función de ideología. Esta, alguna especie de ella, se interpone siempre entre nuestra pupila y el mundo social que vemos de sólo.

Los prejuicios andarán más o menos "cargados", según que nuestra relación con el fenómeno de que se trate esté cruzada por tensiones políticas, religiosas, étnicas, de amor o de odio, que pueden llegar a teñir fuertemente nuestro prisma.

Ahora bien, de lo dicho podemos inferir que los prejuicios tienen cierto carácter mostrenco y cierta permanencia. Algún grado de generalidad y alguna duración. No hay un hervidero punctiforme de prejuicios individuales, sino la adscripción a algunos que están vigentes con cierta generalidad y estabilidad.

Se adscriben connotaciones a los términos, de suerte que decir "madrileño" para un cordobés supone evocar un conjunto de notas socialmente válidas e interiorizadas que, aparte vivencias personales e intransferibles, corre por su valor facial aceptado, y se tiende a identificarlo con la cosa misma: en este caso, con ese ser llamado "madrileño". Es decir, se trata de un realismo a ultranza, que confiere valor al *universal* más allá de toda experiencia y comprobación. El término usado no es un simple *flatus vocis* nominalista, sino que se considera expresión de lo que es la cosa misma desde un punto de vista social: este ente abstracto denominado genéricamente "madrileño".

Pensemos que el simple hecho de que yo haya elegido aquí el término "madrileño" como ejemplo, no es inocente. Ni por mi parte ni por la de ustedes, porque el vocablo lleva consigo unas connotaciones *hic et nunc*, que están operando implícitas en cada uno de nosotros. Hay de por medio incluso artículos de la Constitución.

Si tratamos de comparar dos países, o dos regiones, hay que distinguir dos planos: primero se ven diferencias. Segundo, hay diferencias. El primero, el de la percepción, tiene sin remedio un componente ideológico. Y nuestra visión es el resultado de un acunamiento colectivo. El segundo, el de la presunta realidad, traducible en datos al parecer objetivos (diferencias en lengua, recursos, desarrollo económico, estilos de vida, valores, creencias) pudiera llevarnos a hablar de *subculturas* en el seno de una cultura más amplia.

Ahora bien, lo que nos importa hoy, con grave y consciente limitación, es lo primero. El terreno de la pura percepción subjetiva. ¿Cómo nos vemos entre nosotros? La cuestión es doble: ¿cómo se ven unas regiones a otras? ¿cómo se ve cada una de ellas a sí misma?

Desde Walter Lippman, un conocido columnista norteamericano fallecido no hace mucho, se designa con un término de la jerga de las artes gráficas, al prejuicio acuñado colectivamente y que aplicamos para vernos socialmente a nosotros mismos y a los demás.

El vocablo, ya de uso vulgar y no sólo culto, es "estereotipo". Y ha sido bastante estudiado por los psicólogos sociales, aunque desgraciadamente muy poco con respecto a nuestro país.

Se comprende así que una manera de abordar el tema que nos ocupa es analizar cómo funcionan los estereotipos regionales. Porque ellos son en definitiva las imágenes colectivas que circulan en nuestra sociedad y a las cuales nos solemos adscribir sumisamente cuando se trata de percibir la realidad. Es decir, constituyen los cristales a través de los cuales la miramos.

Me contentaría con que como resultado de nuestra conversación de hoy, nos quedase viva la sana propensión a desvelar al componente ideológico de toda percepción, y eventualmente de los elementos integrantes de todo estereotipo.

Si se corre la especie, por ejemplo, de que el andaluz es sustantivamente perezoso, que incluso puede tratar de apuntalarse "científicamente" por referencia a factores climáticos o histórico-culturales, son claros los elementos intrínsecos deformantes de la percepción. Veamos algunos. Por de pronto, un descargo de conciencia: si están atrasados y pasan hambre, es su propia responsabilidad. Nosotros, laboriosos desarrollados nos hemos ganado nuestra aventajada situación. Porque, además, señalar un defecto ajeno es poner énfasis indirecto sobre los méritos propios.

Tengamos, sin embargo, en cuenta que el fenómeno funciona en las dos direcciones. Si percibimos a otras gentes como afanadas y tal vez exageradamente ahorrativas, es porque en silencio estamos subrayando la propia concepción de una vida más reposada y liberal. Y hasta pudiera ser que realmente perezosa; el problema de la "realidad" ya convinimos en que eran otros López.

Pasó la concepción ingenua de considerar como ideológico sólo el discurso del adversario y no el propio.

Tengo para mí que Andalucía, que ha sido una gran fábrica de imágenes de sí misma, al menos desde comienzos del XIX acá, fue desgraciada tam-

bién en este aspecto concreto. Quiero decir, y lo he dicho en otro lugar, que ha tenido que sufrir su propio folklore y su cultura auténtica, a veces como carga. Porque hubo una "iberización", es decir, una utilización mostrenca de los mismos y, por tanto, empobrecimiento y mixtificación; en definitiva, falseamiento.

Otro riesgo es el de entrar en el juego, creyéndonos nosotros mismos las imágenes que los demás fabrican. Sugiero la hipótesis de que uno de los problemas del emigrante es la colisión de imágenes, sobre él mismo y su país de origen, que padece en carne viva y que se ve obligado a interiorizar dolorosamente como tal colisión. En la que, claro está, lleva la peor parte, porque se trata de una situación asimétrica. En ocasiones, maniquea, con todo el mal y todo el bien, separados tajantemente.

¡Cuánto tópico, Señor, y cuánto sambenito! Hagamos una de esas pausas bronquiales que se hacen en los conciertos y que los oyentes aprovechan para mondarse el pecho. Fijémonos, por ejemplo, en la picaresca electoral de la Restauración. Poseo fotocopia de la siguiente carta:

EL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS

Señor Don Juan R. La Chica

Querido Juanito: ha surgido una dificultad en Huelva, donde los elementos de Limón rechazan la intrusión de Perico Borbolla y la candidatura, por tanto, de su yerno, Francisco del Castillo, que quería presentar por Aracena. Para resolver esta dificultad acudo a Vd. a ver si pudiera encasillarlo en Granada, cosa que me contraría mucho, porque deseaba también vivamente llevar a mi sobrino, Baldomero Argente, a Baza o Huéscar. Usted verá si puede ayudarnos en este trance, que es de mucha importancia por toda clase de consideraciones.

Borbolla no puede llevar a un distrito de Sevilla a su yerno, porque ya él ocupa uno y otro su hijo y sería demasiada familia y necesita, por consiguiente, del auxilio de los amigos.

Lo es suyo adicto y afectuoso

Firmado:

4-II-1910.

El firmante es nada menos que don Segismundo Moret.

Por su parte, González Seara dio a conocer en *Anales de Sociología* (diciembre de 1966), unos papeles que había encontrado en un puesto de viejo. Escojo las dos siguientes muestras, la primera de las cuales parece rigurosamente actual:

El Gobernador Civil de
JAEN

Excmo. Sr. D. Antonio Maura

Mi querido y respetado Jefe: El estado de los distritos y candidatos sigue el mismo; excepción del de Martos que retirado Luca de Tena se presenta D. Gerónimo Montilla con alguna ventaja más que el Sr. Tena.

La pertinaz sequía y la langosta crearán en plazo no lejano alguna alteración de orden público en algunas poblaciones de esta provincia por falta de jornales los braceros.

Por hoy, la recolección de la langosta en estado de mosquito, ocupa a los braceros pero está ocupación será para pocos días.

El estado de los braceros de Ubeda me inspira cuidado y en precaución de lo que temo puede ocurrir, he ordenado esté preparada fuerza puestos limítrofes.

De Vd. con la mayor consideración affmo. amigo y subordinado q.b.s.m.,

Firmado: Ramón Salvador

11 de abril de 1903.

El Gobernador Civil de
JAEN

Excmo. Sr. D. Antonio Maura

Mi querido y respetado Jefe: el único candidato conservador que ha fracasado, D. Francisco Prieto y Meva, ha sido por culpa del mismo.

Depositó la confianza en D. Lucas Sanjuan, su contrincante, ofreciéndole dar los votos de Castellár. Dejó este pueblo sin intervención, confiando en la palabra de honor dada, pero no sólo no la ha cumplido, sino que se ha adjudicado 1.430 votos de los 1.460 que tiene el censo. Un pucherazo escandaloso. A última hora pidióme Prieto y Meva un Delegado y algunas parejas de Guardia Civil para proteger Notario, pero al llegar el día de la elección a Castellár, tomaron miedo a la actitud de la población y salieron todos inmediatamente sin levantar actas ni protestas.

Ha perdido la elección de 293 votos.

También en Cazorla ha sido reñidísima y si bien resulta con mayoría Gómez Figuera es regular sea proclamado D. Laureano Delgado, pues hay protestas graves.

Es tan corriente la inveterada costumbre de dar censos o pucherazos que para evitarlo se necesitaría un Notario y Delegado para cada una de las Secciones, apoyados por una compañía de Guardia Civil.

El distrito de Cazorla es el más sobresaliente en abusos electorales, sigue Carolina, Villacarrillo y, de Baeza, Linares.

Cuidado, sin embargo, con las generalizaciones. Porque la mayoría de los documentos que aporta Seara, por el mismo estilo, proceden de una zona tan cercana a Europa como es Gerona y su provincia. El maniqueísmo no sólo puede ser de las intenciones y de las conductas, sino que lo hay también de las cosas. De un lado, todas buenas; de otro, todas malas. En un relato de O'Henry (pseudónimo de William Sidney Porter, 1862-1910) titulado "El gramófono y el enchufe", hay un personaje, Homer P. Mellinger, que gana dinero teniendo el monopolio de la honradez en una sociedad absolutamente corrupta. Es el único de quien se pueden fiar todos, y esto le es rentable. Claro está, que se trata de un país sudamericano y el "honrado" mo-

nopolista es un anglosajón del norte. Un *Wasp*, en definitiva, como era de esperar incluso de O'Henry.

No olvidemos que nadie tiene en exclusiva el cocimiento de habas y que, por otra parte, es siempre necesaria la existencia de cierta dosis de honradez para el funcionamiento de la corrupción.

A la postre, los estereotipos son mitos, entran en esa categoría genérica de la comunicación social. Por tanto, respecto a ellos debe operar un proceso de desmitificación. Pero, cuidado, también conviene en ciertos momentos estar dispuestos a desmitificar la "desmitificación". Porque ésta, para ser consecuentemente consigo misma, debe tener siempre abierta la posibilidad de desmitificarse a sí misma. Desmitificar, en efecto, supone de raíz una postura crítica. ¿Y por qué no someter esta postura a crítica también? Lo contrario sería un conformismo conservador larvado. Mantener la desmitificación fuera de toda crítica es, naturalmente, darle la consistencia y la dureza de un mito incontestable.

Porque también hemos de precavernos del peligro de que por creernos una imagen ayudemos a su efectiva realización. Es eso que los sociólogos, con cierta pedantería, llaman *self-fulfilling prophecy* o "profecía creadora" en cristiano. (Y que a veces con una ambición epistemológica no autorizada por los logros, llaman pomposamente teorema de Thomas: cuando los hombres definen una situación como real, es real en sus consecuencias).

Por cierto que hay una graciosa versión machadiana del tema, supongo que con total y afortunado desconocimiento de Thomas y de los sociólogos. En "Juan de Mairena" la argumentación es más o menos como sigue: A un confitero andaluz muy descreído lo quiso convertir un filósofo pragmático. Y le decía: "Si usted creyera en Dios, en una fuerza suprema que ha de pedirle cuentas de sus actos, haría usted mejores confites, los vendería más baratos y vendería muchos más, aumentando así sus beneficios. Le conviene a usted creer en Dios. Es cuestión baladí que Dios exista o no; basta con que usted quiera creer y que trabaje en sus confituras como si creyera". El argumento no cayó en saco roto y al cabo de cierto tiempo el filósofo halló cambiada la muestra de la tienda que rezaba: "Confitería de Angel Martínez, proveedor de Su Divina Majestad". Pero la calidad de los pasteles no había mejorado, porque es lo que decía el ladino menestral: "Lo importante es que usted crea que ha mejorado, o quiera usted creerlo, o, en último caso, que usted se coma esos confites y me los pague como si lo creyera".

Cuidemos, pues, de no darle un cuarto al pregonero en la imagen ajena: la que los demás interesadamente, ideológicamente, tienen de nosotros. Pero cuidado también con nuestra imagen propia. Aquí creo que el entusiasmo es deformante y peligroso. Nadie siente entusiasmo sino por algo que conoce imperfectamente o por una sola cara. Conocer todos los aspectos de algo mata el entusiasmo. O quizás mejor, a la inversa: si deseamos conocer todas las caras de algo es que no somos entusiastas. Este tipo de cariño frío, cerebral, distante es el que creo que debiéramos abrigar los andaluces para nuestra Andalucía.

Porque, por otro lado, podemos perder de vista la historicidad de los conceptos. Los historiadores tienen que decirnos de una vez cuándo y cómo comenzamos a ser andaluces. O cuándo comienzan a llamárnoslo, que viene a ser lo mismo. El maestro Domínguez Ortiz lamenta esta falta. No hay, dice, no ya una buena historia de Andalucía, sino ni siquiera la historia de la palabra que la designa. Desde la división administrativa de 1833, Andalucía es el conjunto de las ocho provincias meridionales de España. Con anterioridad, el concepto era aún mucho más vago. Y hasta finales del Antiguo Régimen la Administración conservó la identidad del Reino de Granada sin confundirlo nunca con Andalucía. Parece que se entendía entonces por Andalucía la costa desde la desembocadura del Guadiana hasta Gibraltar. Y parece que no fue nunca una circunscripción administrativa con entidad propia. (Discurso en la investidura como doctor *honoris causa* por la Universidad de Granada. "Anuario de Historia Moderna y Contemporánea", núms. 4-5, 1977-1978, págs. 18-19).

Hasta aquí don Antonio Domínguez. No puedo entrar en lo que es tarea de historiadores, y aun de muy cualificados historiadores. Está en juego el origen de los prejuicios y estereotipos, de las imágenes de Andalucía y los andaluces, que luego, hipostasiadas, reificadas casi, van a llegar hasta nosotros. El fenómeno debió de ser complejo. Pensemos que si lo que hoy llamamos Andalucía oriental aporta a la imagen romántica el orientalismo de la herencia árabe más reciente, es, sin embargo, la otra, la más antigua Andalucía, la que lleva al estereotipo, su acento, sus dichos, incluso su atuendo. ¿Cómo se mezclan estos ingredientes para producir la imagen romántica?

Está en juego incluso, como se comprende, nuestra propia identidad andaluza. Que, dicho sea de paso, como todos los procesos de nacionalismo comporta un *iter* de mentalización o formación de la conciencia nacional, que puede verse fomentado por el propio proceso político de la autonomía. Así ocurrió en su momento, con la formación de las entidades nacionales luego de la Revolución francesa.

¿Somos una nación *in fieri*, en trance de hacerse? El tiempo lo dirá. La coyuntura de este final agitado del siglo es incierta. Puede que la marcha de la historia vaya por ahí, aunque también hay razones —no locales, ni siquiera ibéricas, sino universales— para dudarlo. En cualquier caso, debemos ser conscientes de las fuerzas que están en juego, entre ellas las de imagen e ideología que hoy estamos considerando.

Hagamos ahora la inevitable concesión al empirismo, en actos de esta naturaleza.

Un grupo de profesores de la Universidad Autónoma de Madrid en una investigación sobre la conciencia regional nos ofrece algunos datos, aún inéditos, pero que tuvieron la amabilidad de permitirme utilizar. Se trata de una encuesta cuyo trabajo de campo se realizó en agosto de 1979, sobre una muestra nacional cuidadosamente diseñada de 10.500 sujetos y realizada por la red de campo del C.I.S.

Una pregunta consistió en ofrecerle al encuestado un "termómetro" para que reflejase si se sentía cercano o lejano (no en kilómetros, claro) a los naturales de las distintas nacionalidades y regiones. Se les decía, entregándoles un cartón con catorce posibilidades: "Si son para usted gente extraña, con la que tiene pocas cosas en común, puntúelos tirando para el cero. Si, por el contrario, son gente con la que usted se entiende y son como buenos vecinos, déles puntos tirando para el 100".

Una técnica análoga se siguió, pero ahora con respecto a la región misma como ente abstracto, no a sus naturales, incluida por supuesto la propia. "Si no está ni a favor ni en contra —se les decía— la coloca en torno a los 50 grados; cuanto más a favor está, más cerca del 100; cuanto más en contra esté, más cerca del cero".

Sin duda es una forma tosca, pero todos conocemos las limitaciones de la investigación empírica.

Que por lo demás, y aparte esta que voy a utilizar, es casi nula por lo que se me alcanza en lo que respecta a estereotipos en España, contrastando con los abundantes estudios en otros países. Aquí, además de la aportación de los antropólogos con su metodología peculiar, hay pocos trabajos que yo sepa.

Indirectamente algo se puede sacar del libro de Del Campo, Navarro y Tezanos ("La cuestión regional española", Madrid, Edicusa, 1977; encuesta realizada en el verano de 1975) y del de Jiménez Blanco, García Ferrando, E. López Aranguren y Beltrán ("La conciencia regional en España", Madrid, C.I.S., 1977; encuesta realizada en 1976). Pero el tema no es la preocupación directa de ninguno de los dos equipos.

El pasado año se leyó en la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid una excelente tesis doctoral sobre el tema de los estereotipos regionales en España. Fue dirigida por el profesor Pinillos, y su autor, José Luis Sangrador García, tuvo la amabilidad de permitirme su lectura, aunque siento que la falta de espacio me impida referirme a su contenido.

Pues bien, volviendo al "termómetro" de las distancias regionales, produzco unos cuadros y unos comentarios del profesor García Ferrando, que me ha sido permitido utilizar:

Tabla 1

Sentimientos de los catalanes con respecto a las distintas regiones españolas

Termómetro cercanía - alejamiento resto regiones españolas

Barcelona		Resto Cataluña	
Cataluña	90	Cataluña	91
Andalucía	70	Andalucía	72
País Vasco	69	Valencia	71
Valencia	69	Baleares	70
Baleares	68	Aragón	70
Aragón	67	Galicia	69
Galicia	67	País Vasco	69
Navarra	66	Canarias	69
Asturias	66	Navarra	69
Extremadura	66	Castilla	68
Murcia	65	Extremadura	68
Canarias	64	Asturias	68
Castilla	63	Murcia	68
León	63	León	65

Termómetro cercanía - alejamiento naturales de cada región

catalanes	89	catalanes	89
andaluces	71	andaluces	73
vascos	68	valencianos	72
valencianos	68	mallorquines	72
aragoneses	68	aragoneses	71
mallorquines	66	vascos	70
navarros	66	canarios	70
asturianos	66	castellanos	70
castellanos	64	navarros	69
extremeños	64	gallegos	69
murcianos	64	asturianos	69
gallegos	64	extremeños	69
canarios	62	murcianos	68
leoneses	61	leoneses	66

Tabla 2

Diversas opiniones sobre regiones beneficiadas y perjudicadas del
-desarrollo regional desigual, 1979 y 1976

Grado en que se desarrolla Cataluña a costa de las demás regiones españolas.	Barcelona		Resto Cataluña	
	1979	1976	1979	1976
Mucho	5	7	4	3
Bastante	18	14	14	15
Algo	31	25	26	30
Nada	43	52	51	47
N.S./N.C.	4	4	6	4
Grado en que se desarrollan las demás regio- giones a costa del esfuerzo de Cataluña.				
Mucho	8	8	5	3
Bastante	20	23	16	19
Algo	38	31	41	44
Nada	28	34	29	30
N.S./N.C.	5	4	9	4
Regiones favorecidas por el trasvase de mano de obra.				
Regiones receptoras	70	74	74	71
Regiones emisoras	3	2	3	05
Ambas por igual	11	13	13	17
	(1197)	(780)	(357)	(367)

Tabla 3

Sentimientos de los andaluces con respecto a las distintas regiones españolas

Termómetro - alejamiento resto regiones españolas

Andalucía	97
Extremadura	60
Castilla	59
Canarias	58
Aragón	58
Galicia	58
Valencia	57
Murcia	57
Baleares	57
Asturias	57
León	56
Navarra	56
Cataluña	55
País Vasco	53

Termómetro cercanía - alejamiento naturales de cada región

andaluces	96
extremeños	61
castellanos	59
canarios	58
aragoneses	58
gallegos	58
asturianos	58
murcianos	57
mallorquines	57
valencianos	57
leoneses	56
navarros	56
catalanes	54
vascos	54

El profesor García Ferrando comenta:

“En cuanto se refiere a los afectos y simpatías de los andaluces con respecto a las demás regiones españolas, el “termómetro de los sentimientos” revela unos resultados, resumidos en la Tabla 3, que son muy interesantes. Tres son los datos más relevantes que se pueden destacar del análisis de las distribuciones obtenidas. En primer lugar, la gran distancia existente entre la estimación propia, 97, y la primera región que se siente más cercana, Extremadura, a la que se da una puntuación media de 60. Si se tiene en cuenta que en las demás regiones españolas, Andalucía recibe las puntuaciones más altas, y además todas ellas por encima de 60 —en Madrid y Cataluña, Andalucía recibe una puntuación media superior a 70—, cabe concluir dos cosas: 1) no existe reciprocidad de los andaluces hacia las muestras de cercanía afectiva que muestran las demás regiones españolas hacia Andalucía; 2) es probable que tales muestras de simpatía de las regiones españolas hacia Andalucía obedezcan más a razones estereotipadas y folklóricas, que a razones más profundas de tipo histórico y cultural.

El segundo resultado a destacar del análisis de la Tabla 3 es que el recorrido de los sentimientos de cercanía-alejamiento que manifiestan los andaluces hacia el resto de las regiones españolas y a los naturales de tales regiones, es muy estrecho, ya que la distancia entre la región de mayor simpatía, Extremadura, y la de mayor alejamiento, País Vasco, es de tan sólo 7 unidades. Es decir, no existen preferencias destacadas aunque sí existen, y este es el tercer resultado a destacar, alejamientos relativos destacables, ya que tanto Cataluña como el País Vasco, y, por consiguiente, catalanes y vascos, ocupan los dos últimos lugares, claramente destacados del resto. Así, la distancia entre el País Vasco y las dos regiones relativamente más alejadas, aparte de Cataluña, que son Navarra y León, es de tres unidades, distancia ésta que no se da en el resto de la escala. Así, pues, las dos regiones que reciben en España la mayor parte de la emigración andaluza dentro de España, son percibidas por los andaluces con el mayor alejamiento sentimental. De este resultado se podrían obtener mayores conclusiones aunque preferimos no hacerlo, toda vez que la naturaleza de los datos que manejamos no nos permitirían apoyar factualmente tales posibles conclusiones”. Hasta aquí el Prof. García Ferrando.

¿Cual es la imagen que los inmigrantes andaluces tienen de sí mismos en otras zonas del país? (Permitidme que entre paréntesis aluda a la azorante situación gramatical en que nos hallamos, que nos hace vacilar en la utilización de los vocablos que hacen referencia a las divisiones territoriales. Se trata de una especie de baile semántico en el que no estamos nunca seguros de con qué pareja danzamos. Nación, país, nacionalidad, región se entrecruzan de forma que no es que tienen denotaciones diferentes de las usuales hasta ahora, sino que no tienen ninguna inequívoca y aceptada con generalidad. De la Constitución pueden derivarse algunos significados oficiales, pero no siempre corresponden con los que quisieran darle los diversos intereses y perspectivas en juego).

Pues bien, por no dejar de hacer alguna referencia al tema de la pregunta anterior quiero, aunque no se puedan separar los andaluces, aludir a la labor que para los inmigrantes en Cataluña viene realizando el grupo de Carlota Solé y colaboradores de las Universidades Central y Autónoma de Barcelona. En un trabajo titulado "Integració, Assimilació, Explotació...?" reflejando los resultados de una encuesta realizada en noviembre de 1978, C. Solé y Jesús Vicens, ofrecen algunos datos significativos. Así, a la clase media alta (según la propia identificación subjetiva) dicen pertenecer el 16,5% de los encuestados autóctonos y el 7% de los inmigrantes. A la clase media baja, el 38,3% de los autóctonos y el 24,2% de los inmigrantes. A la obrera, el 43,8% de los nativos y el 68,1% de los foráneos.

De las personas nacidas fuera del área lingüística, el 66% desean vivir en Cataluña, aunque una cuarta parte (24,4%) desean vivir en su tierra.

En cuanto al conocimiento del catalán, el 49,8% de los nacidos fuera sólo lo entienden y lo hablan el 18,1%. Lo leen, el 13,5% y lo escriben sólo el 4,4%.

Es decir, no lo entienden algo más del 50%.

Preocupa a los nativos la "descatalanización" de Cataluña, con pérdida de identidad. Mientras los inmigrantes pugnan por no dejarse catalanizar. (Separata de *Perspectiva Social*, del *Institut Catolic d'Estudis Socials de Barcelona*, julio-diciembre 1979; esp. págs. 56 y ss.). El trabajo, completado con el estudio de algunas variables del comportamiento político, revela un honrado intento de afrontar el problema de la integración del inmigrante en la zona.

Esperemos que en el futuro los datos vayan permitiendo trazar un cuadro empírico fiable de cuáles son los estereotipos que operan, entrecruzándose en la vieja piel de toro.

El momento mundial es bastante crítico, nos decimos a diario. También, de juro, lo es el nuestro, el de Andalucía y el de España.

Debiéramos tener conciencia continua de que vivimos en un período de ideologías, en el sentido que antes dije. Hay que precaverse para no resbalar en un terreno sustantivamente relativista. Y la precaución consiste en el conocimiento, la desmitificación implacable, el estar dispuestos a desvelar nuestros propios condicionamientos, incluso inconscientes.

Quiero terminar con un texto poco conocido de don Emilio Castelar, también cargado, naturalmente, con su propio prejuicio:

“Lo dije hace cuatro años en Sevilla, y en Cádiz lo repito ahora. Por eso admiro yo con admiración inextinguible a Andalucía. Cabeza del europeo continente, descubridora del Nuevo Mundo en la posición más feliz y en el más vivificante clima de todo este orbe, con su corona de metales preciosos al Norte y con el enlace de sus dos mares al Mediodía, en esa gigantesca esmeralda que llamamos el hercúleo Estrecho: a un lado, Africa, y enfrente, América, cual si le debieran pagar tributo los mundos más contrarios; revestida de cultura, mencionada en los más antiguos documentos, en la memoria universal, en Homero y la Biblia; después de haber tenido cuatro civilizaciones tan luminosas como la fenicia, la romana, la semita, la moderna; dando poetas y pensadores a Roma, y a Damasco, y a Sicilia, los cuales o ya escribieron el testamento de la estoica o ya resucitaron el genio griego y el crepúsculo último de la idea clásica, para que pudieran escribirse la *Summa*, las Partidas, el poema dantesco; llevada sobre las multicolores alas de artistas como no hay otros en los anales históricos, pues nadie ha pintado el éter cual Murillo y nadie la vida cual Velázquez; por un cielo lleno de astros, y por un manto cubierta sembrado de flores; pudiendo constituir, según su nobleza en el tiempo y su hermosura en el espacio, una sola nación, jamás abrigó ni un regionalista; y todos sus hijos, ajenos a las neurastenias reaccionarias y demagogas que se juntan como dos tinieblas en el abismo de un pensamiento caótico, quieren ser españoles, y se les aparece a una España con toda su grandeza porque los españoles podemos pecar, pero España es

impecable; los españoles podemos equivocarnos, pero España es infalible; los españoles podemos morir, pero España es inmortal; Virgen y Madre ceñida por luz increada, puesta sobre la serpiente del mal, envuelta en su cerúleo manto, recibiendo del Eterno siempre la idea que todo lo esclarece y el amor que todo lo crea y vivifica”.

(Último discurso de su vida, en Cádiz el 26 de abril de 1897).

También el hombre del Sinaí llevaba consigo su propio prejuicio.

Para terminar, mi pregunta es:

Nosotros, que al estar aquí se supone que pensamos, ¿hemos analizado críticamente nuestra propia imagen de Andalucía? Y sobre todo, ¿lo hemos hecho con las imágenes que sobre nosotros circulan, interesada o frívolamente?

La cuestión es más profunda que el utilizar este o aquel artículo de la Constitución. Cuidemos nuestro propio tejado, pero que no nos echen las piedras del ajeno.

¿Se va a utilizar el autonomismo para enmascarar una vez más nuestros males de andaluces?